

[Alexanderplatz] Tijeretazos [Postriziny]

GROSZ-TROTT

Ilustraciones de Georges Grosz, con un epílogo de Alfred Döblin a
Berlín Alexanderplatz y un fragmento de la novela

«La publicación de *Berlín Alexanderplatz* en 1.929 supuso para las letras alemanas un paso fundamental hacia la modernidad, simbolizada por la angustia alienadora del ser humano ante el acoso de la metrópolis. El sentimiento fatalista que impregna la novela nace de la contemplación del nuevo Dios -la técnica- contra quien el individuo sólo puede oponer una decidida y heroica resistencia pasiva.

Franz Biberkopf, antiguo peón de albañil y mozo de cuerda, acaba de salir de la cárcel y deambula por las calles de Berlín dispuesto a exigir a sus propia vida «algo más que un trozo de pan». Sus avatares, relatados por Döblin con una técnica muy afín al lenguaje cinematográfico, componen un *collage* de vivencias capaces de transmitir la atmósfera obsesiva de la gran ciudad, donde el hombre común naufraga y se pierde.»

[Contraportada de Berlín Alexanderplatz, Bruquera, 1987]

En aquella época volvía fresco, por decirlo así, de la India; en aquella época, a mediados de los años veinte. Volvía de la India, es decir, que un tema indio me había ocupado durante cierto tiempo y había encontrado su reflejo en la obra épica «Manas».

Qué misterioso: había pasado toda mi vida en el Berlín Este, había ido a la escuela comunal en Berlín, era socialista militante, tenía un consultorio de médico del seguro... y escribía sobre China, sobre la Guerra de los Treinta Años y Wallenstein, y finalmente hasta sobre una India mítica y mística. Me acosaban. No había vuelto la espalda a Berlín intencionadamente, sólo había ocurrido así, se prestaba mejor a la fabulación. Ahora bien, también sabía hacer otras cosas. Se puede escribir sobre Berlín sin imitar a Zola.

Y a donde me dirigí, después del «Manas» indio, fue a un Manas berlinés. No tenía ningún tema especial, pero el gran Berlín me rodeaba, y conocía al berlinés individual, y por eso escribí como siempre sin plan, sin líneas ni directrices, no construí una fábula; la línea argumental era el Destino, el movimiento de un hombre que hasta entonces había fracasado.

Podía confiar en el lenguaje: el lenguaje hablado berlinés; con él podía crear, y los destinos que había visto y compartido, y el mío además, me garantizaba un viaje seguro.

Si en el «Manas» indio, al principio, el héroe, el pobre héroe, se queja de su destino y se precipita en el reino de los muertos para vivir una nueva vida, aquí vi a un asesino circunstancial, a un homicida castigado, salir de la cárcel, y lo acompañé en su camino de vuelta a la ciudad. ¡Cuántas cosas se han imaginado luego como modelo o inspiración! Al

[Alexanderplatz]

Tijeretazos [Postriziny]

parecer, yo había imitado al irlandés Joyce. Pero no necesito imitar a nadie. El lenguaje vivo que me rodea me basta, y mi pasado me suministra todo el material imaginable. El sencillo mozo de cuerda berlinés Franz Biberkopf hablaba como un berlinés, era un hombre y tenía el carácter, las virtudes y los vicios de un hombre. Apenas salido de la celda, pensó que comenzaría una nueva vida fresca, alegre y libre.

Pero fuera nada había cambiado y él mismo había seguido siendo el que era. ¿Cómo podía producirse un nuevo resultado? Evidentemente, sólo si uno de los dos resultaba destruido, Berlín o Franz Biberkopf. Y como Berlín siguió siendo el que era, al penado se le ocurrió cambiar. El tema interno es, por lo tanto, que hay que sacrificarse, ofrecerse a sí mismo en sacrificio. Y pronto aparecen en el libro, para el que sepa leer, los temas de sacrificio: el bíblico Abraham debe sacrificar a su único hijo al Dios supremo, se nos lleva al matadero del Este de la ciudad y presenciamos la muerte de las bestias.

Franz Biberkopf quería lo «bueno», pero ¿qué era eso más que una palabra? Yo lo someto a una carrera de baquetas, las desgracias se suceden: Biberkopf va a la caza de lo bueno, una caza con ojos cerrados, pero monta en un caballo que galopa, ¿cuándo se partirán el cuello los dos, corcel y jinete? Al final parecen haberse roto el cuello. Pero cuando Franz acaba en el manicomio, algo ha cambiado sin embargo en él. El sacrificio se ha consumado silenciosamente. Como se dice al final, ahí está, como portero de fábrica, vivo aunque averiado, la vida lo ha zarandeado poderosamente.

Este libro, cuya reproducción anticipada fue rechazada por los dos principales periódicos liberales de Berlín, fue publicado anticipadamente por el viejo «Frankfurter Zeitung» y suscitó ya entonces cierta expectación. Después de su aparición, «Berlín Alexanderplatz» se convirtió en un best-seller, y las ediciones y las traducciones mejores o peores se sucedieron.

Y cuando se citaba mi nombre se añadía: «Berlín Alexanderplatz». Aunque mi camino no había terminado, ni mucho menos.

Höchenschwand (Selva Negra), 31 de julio de 1955

Epílogo a una nueva edición (1955)

Berlín Alexanderplatz

Este libro trata de Franz Biberkopf, en otro tiempo peón de albañil y mozo de cuerda en Berlín. Acaba de salir de la cárcel, dónde se encontraba por viejas historias, está otra vez en Berlín y quiere ser honrado.

Al principio lo consigue. Luego, sin embargo, aunque económicamente le va bastante bien, se ve envuelto en una auténtica lucha con algo que viene de fuera, es imprevisible y parece una fatalidad.

Tres veces embiste contra él, desbaratando su plan de vida. Lo atropella con un engaño y una superchería. El hombre se levanta, aguanta aún.

Lo empuja y golpea con una villanía. El se recupera con dificultad, casi en el último segundo.

Por último, lo torpedea con una brutalidad espantosa.

Así cae derribado nuestro hombre, que se ha mantenido derecho hasta el final. Da la partida por perdida, no sabe que hacer y parece acabado.

No obstante, antes de poner fin radicalmente a su vida, se le abren los ojos de una forma que no específico aquí. Se le muestra, del modo más patente, la causa de todo. Es él mismo, ahora lo ve, su plan de vida que parecía no ser nada pero ahora, de repente, resulta muy distinto, no algo simple y casi natural sino arrogante y desvergonzado y, al mismo tiempo, cobarde y lleno de flaquezas.

Aquello horrible que era su vida cobra un sentido. Franz Biberkopf ha sufrido una cura de caballo. Al final vemos otra vez al hombre en la Alexanderplatz, muy cambiado, deteriorado, pero erguido.

Contemplar y escuchar todo esto será útil para muchos que, como Franz Biberkopf, viven dentro de una piel humana, y a los que les pasa lo que a Franz Biberkopf: que esperan de la vida algo más que un pedazo de pan.

Libro Primero

Aquí, al principio, Franz Biberkopf sale de la cárcel de Tegel, a donde lo ha llevado su insensata vida anterior. Le cuesta echar de nuevo raíces en Berlín, pero finalmente lo consigue y se alegra de ello, y jura llevar una vida honrada.

A la ciudad con el 41

Estaba ante la puerta de la cárcel de Tegel y era libre. Ayer aún, en los campos de atrás, había rastrillado patatas con los otros, en uniforme de presidiario, pero ahora llevaba un abrigo de verano amarillo; ellos rastrillaban atrás, él estaba libre. Dejaba pasar un tranvía tras otro, apretaba la espalda contra el muro rojo y no se iba. El vigilante de la puerta pasó varias veces por delante, le indicó su tranvía, pero él no se fue. Había llegado el momento terrible (¿terrible, Franze, por qué terrible?), los cuatro años habían terminado. Las negras puertas de hierro, que desde hacía un año contemplaba con creciente aversión (aversión, por qué aversión) se habían cerrado a sus espaldas. Lo ponían otra vez en la calle. Dentro quedaban los otros, carpinteando, barnizando, seleccionando, encolando, les quedaban aún dos años, cinco. El estaba en la parada del tranvía.

Empieza el castigo.

Se sacudió, tragó saliva. Se pisó un pie. Luego tomó carrerilla y se subió al tranvía. En medio de la gente. En marcha. Al principio era como cuando uno está en el dentista, que coge la raíz con las tenazas y tira; el dolor aumenta, la cabeza está a punto de estallar. Volvió la cabeza atrás, hacia la pared roja, pero el tranvía volaba con él sobre los raíles, y sólo su cabeza quedó mirando hacia la prisión. El tranvía tomó una curva, se interpusieron árboles, casas. Aparecieron calles animadas, la Seestrasse; subió y bajó gente. Dentro de él, algo gritaba horrorizado: cuidado, cuidado, ya empieza. La punta de la nariz se le helaba, algo temblaba en sus mejillas. «Zwölf Uhr Mittagszeitung», «B. Z.», «Die neuste Illustrirte», «Die Funkstunde neu». «Billetes, por favor». Los polis llevan ahora uniformes azules. Se bajó otra vez del tranvía sin ser notado, estaba entre personas. ¿Qué pasaba? Nada. Un poco de compostura, cerdo famélico, haz un esfuerzo o te parto la cara. Gentío, qué gentío. Cómo se agita. Mi sesera necesita engrase, seguro que estará seca. ¿Qué era todo aquello? Tiendas de zapatos, tiendas de sombreros, lámparas eléctricas, tascas. La gente tiene que tener zapatos para poder correr tanto, también nosotros teníamos una zapatería, no hay que olvidarse. Cientos de cristales relucientes, déjalos que brillen, no te irán a dar miedo, te los puedes cargar, qué pasa con ellos, los acaban de limpiar. Estaban levantando el pavimento en la Rosenthaler Platz, caminó con los demás por los tablones. Uno se mezcla con los otros, todo se arregla, no notas nada, muchacho. En los escaparates había figuras con trajes, abrigos, con faldas, con medias y zapatos. Fuera todo se movía, pero... detrás... inada! ¡Nada... vivía! Aquello tenía rostros alegres, se reía, aguardaba en el islote del tráfico frente a Aschinger en grupos de dos o de tres, fumaba cigarrillos, hojeaba periódicos. Estaba allí como las farolas... y... se quedaba cada vez más rígido. Formaba una unidad con las casas, todo blanco, todo de madera.

El terror lo acometió cuando bajó por la Rosenthaler Strasse y, en una pequeña taberna, había un hombre y una mujer sentados muy cerca de la ventana: se echaban al colete la cerveza de

los jarros, bueno y qué, sólo bebían, tenían tenedores y se metían con ellos pedazos de carne en la boca, luego sacaban otra vez los tenedores pero no sangraban. Ay, cómo se le retorció el cuerpo, no consigo calmarlo, ¿a dónde ir? Aquello respondió: es el castigo.

No podía volver, había venido con el tranvía hasta aquí, tan lejos, había salido de la cárcel y tenía que meterse, más adentro aún.

Eso ya lo sé, suspiró para sí, que tengo que meterme aquí y que he salido de la cárcel. Tenían que soltarme, el castigo había terminado, todo tiene su orden, los burócratas cumplen su deber. Me meteré ahí, pero quisiera no hacerlo, Dios mío, no puedo hacerlo.

Anduvo la Rosenthaler Strasse, pasando por delante de los almacenes Tietz, torció a la derecha por la angosta Sophienstrasse. Pensó, esta calle es más oscura, donde está oscuro será mejor. Los presos se encuentran en régimen de aislamiento, celular o común. En régimen de aislamiento, el preso es mantenido día y noche, sin interrupción, separado de los otros. En el régimen celular se mete al preso en una celda, pero se le lleva con los otros para hacer ejercicio al aire libre, dar las clases o asistir a los servicios religiosos. Los tranvías pasaban alborotando y tocando la campanilla, las fachadas se sucedían sin pausa Y había tejados sobre las casas, que flotaban sobre las casas, los ojos se le iban hacia lo alto: con tal de que los tejados no resbalen, pero las casas se mantenían derechas. Dónde iré, pobre de mí, caminó arrastrando los pies a lo largo de las paredes, aquello no se acababa nunca. Soy completamente bobo, se puede dar una vuelta, cinco minutos, diez minutos, luego se toma un coñac y se sienta uno. Al toque de campana correspondiente, el trabajo debe comenzar sin demora. Sólo puede interrumpirse el tiempo fijado para comidas, paseos y clases. Al pasear, los presos deben mantener los brazos extendidos y bracear.

Allí había una casa, levantó la vista del pavimento, empujó una puerta y de su pecho salió un ay, ay, gruñido y triste. Cruzó los brazos, bueno, muchacho, aquí no te pelarás de frío. La puerta del patio se abrió, alguien pasó por su lado, se situó detrás. El gimió entonces, le hacía bien gemir. En su primer aislamiento carcelario había gemido siempre así, alegrándose de oír su propia voz, eso es algo, no todo se ha perdido. Lo hacían muchos en las celdas, unos al principio, otros luego, cuando se sentían solos. Empezaban por eso, todavía era algo humano, los consolaba. Allí estaba el hombre en la entrada, él no oía el horrible ruido de la calle, las casas demenciales no llegaban hasta allí. Frunciendo la boca, gruñó y se dio valor, con las manos metidas en los bolsillos. Tenía los hombros encogidos dentro del abrigo de verano amarillo, para defenderse.

Un extraño se había situado junto al ex presidiario, lo miraba. Preguntó: «¿Le pasa algo, no se siente bien, le duele algo?», hasta que él se dio cuenta y dejó inmediatamente de gruñir, «¿Se siente mal, vive usted en esta casa?». Era un judío de barba roja y cerrada, un hombrecito con abrigo, un sombrero de fieltro negro, un bastón en la mano. «No, no vivo aquí». Tuvo que marcharse del portal, el portal le había hecho ya bien. Y entonces empezaron otra vez las calles, las fachadas, los escaparates, las figuras apresuradas con pantalones o medias claras, todas tan rápidas, tan ligeras, una por segundo. Y, como estaba decidido, entro otra vez en un zaguán, en el que, sin embargo, se abrieron las puertas para dejar pasar un coche. Entonces, rápidamente, a una casa vecina, un portal estrecho, junto a la escalera. Por allí no podía salir ningún coche. Se agarró al poste de la barandilla. Y mientras lo tenía agarrado supo que quería escapar al castigo (ay Franz, qué vas a hacer, no lo conseguirás), claro que lo haría, sabía ya dónde había una escapatoria. Y en voz baja comenzó otra vez con su música, con el gruñir y el refunfuñar y él a la calle no voy otra vez. El judío pelirrojo entró de nuevo en la

casa, al principio no descubrió al otro junto a la barandilla. Lo oyó ronronear: «Pero bueno, ¿qué hace aquí? ¿No se siente bien?». Franz soltó el barrote, entró en el patio. Cuando estaba tocando la puerta vio que era el judío de la otra casa. «¡Váyase! ¿Qué quiere usted?». «Bueno, bueno, nada. Gime usted y se queja de tal forma que uno tiene derecho a preguntar qué le pasa». Y allí, por la grieta de la puerta, otra vez las viejas casas, el hervidero humano, los tejados cayéndose. El ex presidiario abrió la puerta del patio, el judío detrás: «Bueno, bueno, qué puede pasar, no será tan malo. No se va uno a morir. Berlín es grande. Donde viven mil, viven mil uno».

El patio era profundo y oscuro. Franz estaba junto al cajón de la basura. Y de pronto empezó a cantar a voz en grito, a cantar a las paredes. Se quitó el sombrero como un organillero. Las paredes le devolvieron el sonido. Eso estaba bien. Su propia voz le llenó los oídos. Cantaba con una voz fuerte, como nunca hubiera podido cantar en la cárcel. ¿Y qué era lo que cantaba y devolvían las paredes? «Ruge una voz como un trueno». Marcialmente firme y enérgico. Y luego: «Yuvivaleralera», algo de alguna canción. Nadie se ocupaba de él. El judío lo esperaba en la puerta: «Ha cantado muy bien. Realmente muy bien. Podría hacerse de oro con una voz como la suya». El judío lo siguió a la calle, lo cogió por el brazo y se lo llevó con una conversación interminable hasta que torcieron por la Gormannstrasse; el judío y el recio chicarrón del abrigo de verano, que apretaba la boca como si fuera a escupir bilis.

[Tanto el epílogo como el fragmento anterior están extraídos de Berlin Alexanderplatz, Bruguera, 1.987, traducción de Miguel Sáenz. La edición más reciente es la de Destino, de 1.997, con similar traducción]

Tijeretazos [Postriziny]
Una revista de literatura y cine
www.iespana.es/tijeretazos
tijeretazos@inicia.es

[Alexanderplatz] Grosz-Trott